

TRES IDEAS PARA SER FELIZ Y HACER LA REVOLUCION.

Todo lo que se habla y se escribe sobre la juventud actual (y la no tan juventud) gira alrededor de una actitud: el escepticismo. No es nada nuevo decir que existe una crisis de valores y que las ilusiones y esperanzas brillan por su ausencia. Y desde luego algo de razón hay en eso. El sistema controla todo muy bien y no se le escapa movimiento alguno que pudiera perjudicarlo. Hace falta una capacidad de sacrificio y riesgo muy alta para enfrentarse a él, capacidad que no existe, porque los cambios al viejo uso no se van a producir, al menos en Europa. ¿Qué hacer ante esto? La respuesta de muchos es ir tirando, pasándolo lo mejor posible que se pueda, si es que el paro o la "depre" lo permite.

El caso es que muchos anhelamos un modo más justo y solidario que el que tenemos. Luchamos contra el franquismo y durante la transición por conseguir nuevas parcelas de libertad y plenitud; y por supuesto, la lucha no termina en la socialdemocracia, puesto que la clase dominante no ha cambiado. Quizás lo que más nos exaspere sea el que bajo las siglas "socialista" y "obrero" se gestione el sistema a la perfección para los intereses de la burguesía.

Pero estamos hartos de ir de perdedores. En los viejos tiempos creíamos, con toda nuestra generosidad, que nuestro esfuerzo era para ser visto por nuestros tataranietos. Ahora comprendemos que esa mentalidad estaba equivocada. La Revolución y la Felicidad pueden y deben comenzar ahora mismo.

El primer paso es la conversión personal. Otrora creíamos hacerle un favor a los amigos invitándoles en los partidos y movimientos al uso. Sin embargo, la clave de la ayuda al semejante está en la invitación a la conversión. Conversión es (en mi práctica) encuentro contigo mismo, distanciamiento del mundo y cierto replegamiento sobre tí para conocerte, para escucharte. El tesoro que vamos buscando, el caudal inmenso de riqueza humana que deseamos vivir, se encuentra dentro de nosotros. Por ahí comenzamos a darnos cuenta de lo que somos, de lo que valemos, de lo que carecemos.

Este proceso dirigido a nuestro interior es también todo un camino, y como cualquier otra actividad humana requiere un cierto arte. Puede ser la reflexión, la meditación, el yoga o tantas otras técnicas orientales o no. Lo que es común en cualquier caso es la perseverancia. De esta vuelta a nosotros mismos saldrá un nuevo tono, más relajado, más a la escucha, más intuitivo. Pero sobre todo más profundo. Resulta que la experiencia del amor, de la alegría, de la esperanza, de lo trascendente, estaban dormidas en nuestras entrañas. Ahora se sienten tímidamente, a la espera de que las vayamos rescatando, como estrellas inseparables de nuestras vidas. Ya no es lo mismo vivir

amargado, desorientado, que vivir con la serenidad de quien ha encontrado dentro de sí motivos suficientes de sentirse bien.

Y la conversión a los nuevos valores encontrados nos va dando un estilo de vida diferente, más suelto, más sabio. Estamos mejor preparados para enfrentarnos a un mundo que percibimos caótico y hostil. Ese mundo es el mundo del mercado, del capitalismo que nos valora exclusivamente en cuanto que producimos y consumimos. Somos número, masa, carne de cañón para un sistema deshumanizado y caduco que nos reclama insistentemente: ¡Compra! ¡Consume! Este sistema ya es viejo; y lo es en su etapa histórica de capitalismo postimperialista o de guerra, como explica Pannekoek, pero también en los mecanismos para asegurar su supervivencia. Y hoy controla con todo tipo de medios (desaparición, torturas, cárcel, televisión, droga, adormecimiento) a sus posibles opositores, que potencialmente son la mayoría. Este sistema espera que vayamos contra él al viejo estilo para triturarnos; resortes no le faltan. De ahí que lo inteligente en este momento y en esta cultura sea el vivir de otra manera.

Una vez descubiertos los valores que valen mucho más la pena que los que nos ofrecían, no hay que marcarse ningún decálogo personal: Sencillamente, vivimos de otra manera, consumimos menos, compartimos más. Hay aquí un enorme campo de actuación. El sistema sobrevive porque nosotros lo hacemos sobrevivir. Vivir de otra manera es convertirnos en objetores del sistema. No colaboramos, en una parte importante, ni con su consumo, ni con su cultura, ni con sus medios de comunicación. Nos apartamos de sus formas de ocio. Rechazamos el ejército y todos sus anacrónicos "valores". Pensamos que la cooperación prima sobre la competencia, el silencio sobre el ruido, la naturaleza sobre la ciudad, el tiempo libre sobre la hora extra. Aun con ciertas dificultades, parte de nuestro dinero lo compartimos con movimientos que luchan por la justicia. Descubrimos el gusto más en el conservar que en el derrochar. Limitar, conservar y compartir, que diría Schumacher.

Convertirnos, encontrar valores que nos hacen gozosos y vivir con otro estilo, es no ser ya de este sistema. Sí estar, porque el destino de la humanidad es colectivo y nos condena a encontrar soluciones colectivas, pero para caminar nada menos que como humanidad debemos saber bien claro lo que queremos y lo debemos saber y vivir ahora. Al amigo no habrá que convencerle para que venga por las vías del sacrificio y la mortificación, sino porque vivir diferente, con ética, amor, alegría, sed de justicia, es mucho más hermoso.

Es evidente que el modo de vida distinto es mucho, pero no todo. Quitar un hombro más al sistema, dejar de colaborar en muchos aspectos con él, buscar la formación y la crítica sobre lo masificante es ya un gran paso. Pero tenemos que ser muchos los que decidamos hacer avanzar la historia colectivamente. Comprometerse, pues, sigue siendo necesario.

Hay numerosos grupos hoy en la línea por la paz y la justicia. Por la jus-

ticia en el trabajo, en el barrio, en el medio ambiente. Los sustentan pocos compañeros y las respuestas a las agresiones sociales son imprescindibles. La experiencia de gozo y libertad debe ser compartida y llevada a la práctica creando movimientos de opiniones y personas contra la irracionalidad capitalista.

El matiz, sin embargo, es que este trabajo sea grato, que se haga a gusto, que el sólo hecho de hacerlo sea ya una satisfacción personal. Hay que liberar al militante-esclavo, al militante para todo, al militante que lo hace por cuatro o cinco a la vez. Cada uno tenemos derecho a nuestra vida, polifacética, y para hacer eso posible es por lo que la aportación de todos debe ser amplia. Urge que todo hombre o mujer de buena voluntad esté trabajando organizada-mente por la justicia. Personas libres y críticas buscando colectivamente las puertas del mundo nuevo es una de las mejores esperanzas.

Federico Velázquez de Castro
Químico; del I.E.M.



El campo infinito.
En Nasirya
ha sido volado un puente
con cientos de colas. No me acuerdo.

Excluido en el basilio del amor
una palabra blanca
con besos de acuitara por el pájaro.
Ángeles de la paz librecen alas
por el marmol. Mi corazón azul
y tinte de arcoiris la mañana.
7 de febrero de 1991